

El árbol de la ciencia

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que JHV Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?

Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.

Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis;

sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.

Génesis 3; 1-5

Ya que estamos de citas, transcribo un diálogo entre dos de los triviales personajes de *El péndulo de Foucault*, la novela que casi todos hemos leído, leemos o leeremos:

—Sí, la humanidad no soporta la idea de que el mundo surgió por casualidad, por error, sólo porque cuatro átomos insensatos chocaron en cadena en la autopista mojada. Y entonces hay que buscar una conjura cósmica. Dios, los ángeles o los diablos. La sinarquía desempeña la misma función a escala más reducida.

—Entonces debería explicarle que la gente pone bombas en los trenes: porque está buscando a Dios?

—Quizás.

Nunca he negado que la teleología pueda ser sólo fruto de nuestras ansias, ni que la idea del progreso haya sido otra cosa que una esperanza del hombre aterrizado que, bajo el firmamento, avanza inexorablemente hacia la muerte. Pero, convicto y confeso de esa idea, no dejo de maravillarme frente a los teóricos del devenir libremente elegido. No se trata de los Templarios, los Sabios de Sión, la Sinarquia o cualquier otra cosa tremenda y apasionante. Se trata hoy y ahora, de la manipulación cotidiana, del ejercicio del poder, de nuestras miserias diarias, de un FMI, una OCDE, un Consejo de Ministros, una OTAN, un Pentágono, unos medios de comunicación... que conspiran; claro que conspiran.

Y que no nos cuenten cuentos, ni el Eco, ni el Popper, a quien el mismo cita en su novela: "La teoría social de la conspiración... es una consecuencia de la desaparición de Dios como punto de referencia, y de la consiguiente pregunta: ¿Quién lo ha reemplazado?"

La teoría social de la conspiración no es ninguna consecuencia de la desaparición de Dios como punto de referencia, sino el fruto de la reflexión paciente, constante, pequeña y atrevida de los que algo vemos y algo nos duele. El poder existe. Y a los economistas nos han asignado en esta época el papel de encubridores. Como a muchos otros. El poder existe y me gustaría describir aquí parte de la fauna, próxima para mí en cuanto economista, que lo sustenta, sostiene, reproduce y oculta.

Pingüinos y cabritos

Los economistas pingüinos son también conocidos como pájaros bobos. Son eso, simplemente bobos. Los hay bonachones, risueños, tímidos, agresivos y pen-



dencieros, pero siguen siendo fundamentalmente bobos. El economista pingüino nace y no se hace. Su característica fundamental es que parece que se lo cree. Algunos llegan a esa categoría sin necesidad de ningún tipo de esfuerzo: son los especialistas en sonrisas tontas y en justificaciones de cualquier cosa que ocurra; no han pensado en toda su vida, pero memorizan rápidamente.

Otros proceden de un dilatado estudio y un constante y trabajado distanciamiento de la vida; han pensado en todo pero parece que no han visto nada. Si no fuera porque son tan abundantes serían maravillosos y en todo caso siempre provocan algo de ternura.

El economista pingüino nunca sabe de qué está hablando pero intenta hacerlo con convicción. Pertenecen a una raza fiel que no necesita un excesivo cuidado y en consecuencia, cumplen con decisión y con mínimos costes, su papel como ejecutivos de bajo nivel, profesores de Universidad, relaciones públicas, periodistas, portavoces de poderosos y otros tipos de cantamañanas.

Los economistas cabritos reciben su nombre de la acepción popular de aquél que se dedica a fastidiar. Sus palabras preferidas suelen ser: productividad, responsabilidad, racionalidad y eficiencia. Aman la jerarquía y el orden, y para ellos todo lo bueno se resumiría en un trabajar más y me-

lor. Locos por las cifras, cronometrarán los tiempos de trabajo, de ocio, de meditación... y tratarán de optimizar continuamente algo. Carentes de imaginación centrarán en el trabajo y en su entorno toda su vida: allí encontrarán la realización personal, su promoción, sus relaciones, sus afectos, su todo. Cuestionándose sólo en raras veces el sentido de esto y más bien abrazándose como locos al trabajo para que dé sentido a su vaciedad, utilizarán todo su poder y conocimiento para invitar a los demás a su apasionante aventura.

En consecuencia, suelen resultar magníficos como responsables, jefecillos o directores. Tratarán de que la gente trabaje mucho y bien, pero en un ambiente distendido y alegre, siendo eso en el fondo lo que distingue precisamente a un economista cabrito de un simple y rudo capataz.

Ratas y serpientes

Los economistas ratas son, como su nombre indica, expertos en cloacas. Conocen suficientemente la realidad de las cosas para poder transformar levemente el mundo en el sentido deseado. Pocas cosas del retículo del poder les son ajenas y saben qué botones hay que pulsar y de qué forma para que los asuntos se resuelvan de la manera que más les convenga a ellos o a quienes les

compre adecuadamente. No suelen tener excesivo poder, pero localizan con precisión los sitios reales donde éste reside. Escépticos por sus conocimientos y cínicos por su ejercicio profesional suelen reírse en la intimidad de sus colegas pingüinos, que teorizan y ensalzan el mercado y la competencia y hablan del "mundo libre"; pero también desprecian a sus compañeros cabritos viéndoles como unos simples peones del gran juego en el que ellos actúan al menos como consejeros del Visir.

El economista serpiente es astuto, más que todos los animales ilustrados que el poder ha producido para su diversión y uso. Ha visto el plumero al Creador y ya no le respeta, aunque siga temiéndole. Comprende que por mucho que se llamara Huerto del Edén, la genticilla estaba puesta allí "para que lo labrara y lo guardase" (Génesis 2; 15) y también comprende el tinglado de la nueva farsa donde pingüinos, cabritos, ratas y serpientes vuelven a oficiar cotidianamente en la obra.

Cumpliendo su papel, susurra en los oídos de quien quiere escucharlo: no moriréis por saber; al menos sabréis por qué morís, sabréis por qué sufrís; no os dejéis engañar, aceptadlo si no podéis hacer otra cosa, pero nunca os lo creáis. El poder es el poder, nada más, sólo poder bruto. Nada tiene que ver con la racionalidad, la in-

teligencia, la belleza, la espiritualidad... "Yo soy el que soy" es pura propaganda. La realidad es "yo puedo lo que puedo."

Extraterrestres

Le acabo de leer estas cosas al pequeño extraterrestre que vive conmigo y por primera vez en toda una semana ha dejado de reírse mientras se revolcaba en la alfombra.

Desde que en algún lugar de la URSS han reconocido casi oficialmente la llegada de esos tipos, no hemos hecho otra cosa que hablar de ello, yo, y él reírse. Por primera vez ha permitido que le mida -50 centímetros desde la punta de la nariz hasta el final de la cola; diez centímetros de cabeza, 12 centímetros de tronco y otros 12 centímetros de extremidades inferiores- y hemos concluido que, a pesar de los cuatro dedos y el color verdusco que parece que comparten, no tiene nada que ver él con ellos. Pero se ha puesto pesado y entre carcajadas y volteretas me ha estado preguntando sobre lo que va a pasar, ahora que les han reconocido, con el Papa y su asunto de la redención, los físicos y la relatividad, los racistas y sus justificaciones, las grandes empresas informáticas que sólo producen en realidad ábacos, los premios Nobel de todo que ya no sabrán de nada, los fabricantes de armas que serán como juguetes, los reyes y otras gentes que llevan plumas y cosas como salvajes... y así durante siete días, siete.

Híbridos

"Creo -me dice- que si pudierais terminariáis crucificándolos". "Bueno, -le respondo un tanto irritado- pero ¿qué te parece lo que te he leído?" "No creo que sean sólo cuatro los tipos de economistas -me dice mientras mira atentamente una mosca- tiene que haber híbridos". "Claro, -le contesto provocativo a ver si no se entera- estos cuatro son la base de un espacio vectorial...". "Donde -me interrumpe para mi sorpresa- también quedan definidos los *caguinos* que son aquellos bobos que actúan como *cabritos* y ni siquiera les pagan, los *ratitos* que son aquellas *ratas* especializadas en fastidiar y crear crisis y los *serpitas* que utilizan todo su conocimiento inteligente de *serpientes* para hacer estallar las cloacas".

"Claro -le contesto simplemente picado- pero te olvidas de los *pinbritos*, los *cabratas* y los *ratientes*, que son aquellos...". "Oye tú -me detiene cariñoso- ¿por qué no nos comemos algo?". Me ha desarmado y asiento: "vamos por una hamburguesa". "Eso, eso, con queso batido y esponjoso como le gustaba a Marilyn". Salimos a la calle y mientras avanzamos contentos noto el tironcito en la mano que precede a su palabra. "Oye -me dice- creo que empezaré a aprender ruso". Le miro desconcertado y voy a decirle algo, pero la noche es suave y hay plenilunio.

David Anisi es profesor de Teoría Económica en la Universidad Autónoma de Madrid y autor de *La macroeconomía postkeynesiana y Trabajar con red*.